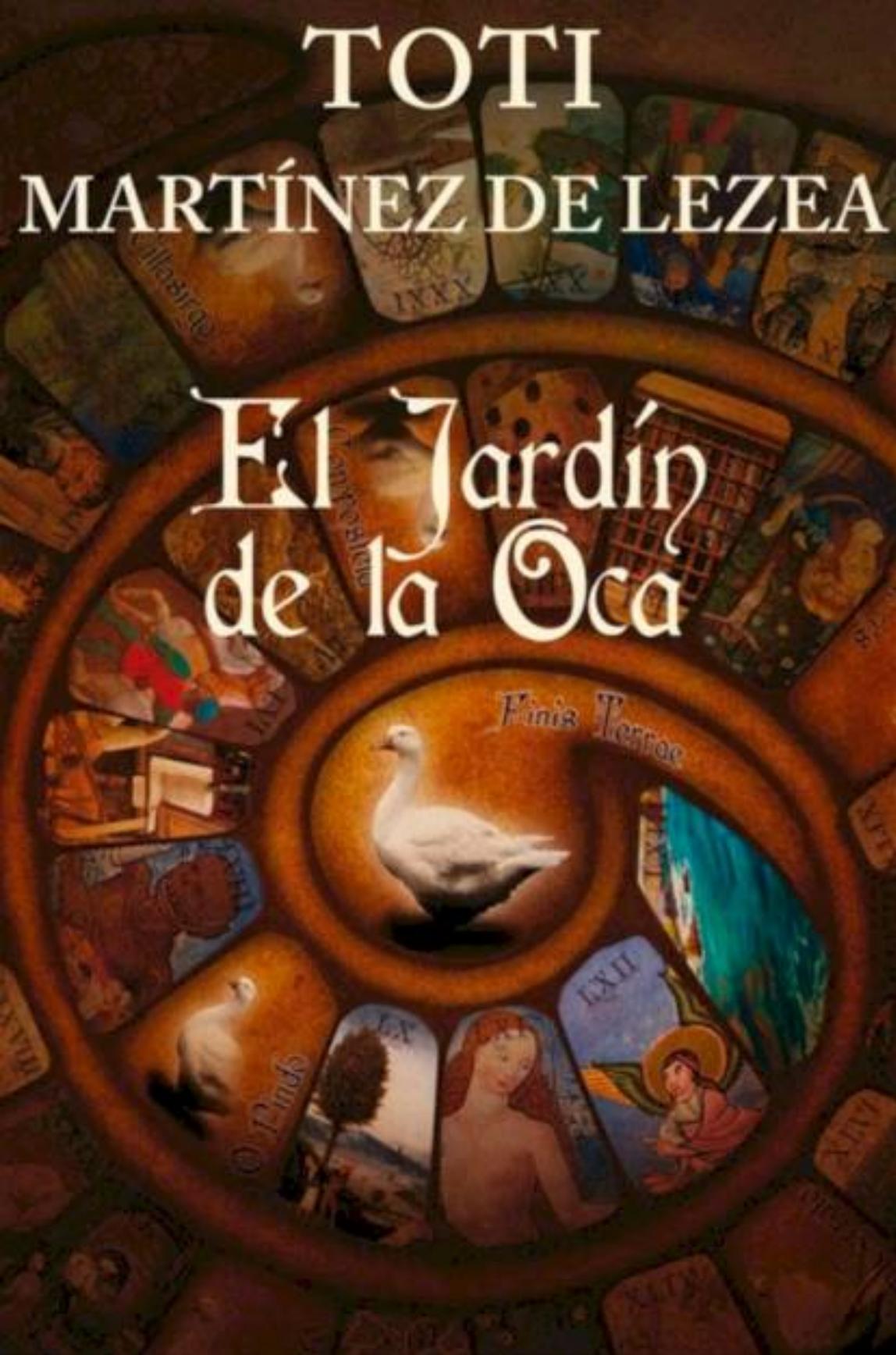


TOTI
MARTÍNEZ DE LEZEA

El Jardín
de la Oca



Para unos El Jardín de la Oca es un camino iniciático; para otros, un tablero de adivinación o un plan secreto; para muchos, la senda que lleva hasta la tumba de un apóstol venerado. ¿Y si todos ellos tuvieran razón? A la búsqueda de una respuesta, miles de personas han seguido hasta el final de la Tierra la ruta de las estrellas, el arco-iris del dios Lug de los celtas, el río eterno de árabes y judíos, el Camino de Santiago de los cristianos.

Nuestra historia transcurre a mediados del siglo XIII por el camino que va de La Rioja, pasando por Burgos y León, hasta Galicia, tierras de misterios, de viejas creencias, catedrales, viajeros de diversas procedencias y religiones en busca de la verdad. Y también de aventureros, visionarios y maleantes que intentan obtener beneficio aprovechándose de la devoción y de la credulidad de sus semejantes.

En ella coinciden, Robert Lepetit, apodado "el bugre" expulsado de la iglesia, Ezequiel Falaquera, médico judío y Hadi al-Suri, herbolario musulmán, todos empeñados en descifrar, a su manera, las claves del misterioso Jardín de la Oca.

A Laure y Carlos

*Si quieres captar la realidad,
sepárate de lo falso, y tu corazón será real;
pues si de corazón no te separas de lo falso,
¿dónde está lo real de la irrealidad?*

HUI NENG (638-713)

Principales personajes de la novela

- Robert Lepetit**, de París, apodado «el bugre», inquisidor dominico expulsado de la Orden y excomulgado.
- Eder Bozat**, de Bozate, barrio de Arizkun, Navarra, agote, artesano de la madera y de la piedra.
- Don Ezequiel Falaquera**, de Nájera, La Rioja, médico judío.
- Hadi al-Suri, de Burgos**, herbolario musulmán.
- Bertrand de Garlande**, de Champagne, Francia, comendador de la encomienda templaria de Ponferrada.
- Ugo Ermengol**, de Tortosa, Tarragona, peregrino de profesión.
- Alazais Gauti**, de Languedoc, cátara huida y asentada en Bozate con sus padres.
- Ferrán**, de Burgos, criado de Lepetit.
- Dominga**, de León, cocinera de Lepetit.
- Maestro Enrique**, de Champagne, Francia, constructor de las catedrales de Burgos y de León.
- Maddi**, hija de Eder y de Alix Bisol.

Nombres de lugares con otra denominación actual:

- Gares**: Puente la Reina (Navarra).
- Villasirga**: Villafranca de Sirga (Palencia).
- Ponteferrato**: Ponferrada (León).
- Codillero**: Cudillero (Asturias).
- Crunia**: A Coruña (Galicia).

Bozate, Valle De Baztan, año 1250

La noche comenzaba a adueñarse del día y la luna, *llargia*, la luz de los muertos, brillaba pálida y distante cuando Eder Bozat llegó al alto de Izpegi. Subió por el escarpado camino de cabras que llevaba a la cima a pesar de la impaciencia que lo dominaba y buscó entre las sombras el círculo de piedras que custodiaba las cenizas de su madre y de su tía. Ellas, descendientes de las mujeres sabias que habían conducido a los suyos durante generaciones, sabrían aconsejarle y le darían la fuerza necesaria. Se arrodilló junto a los túmulos, apoyó las palmas de sus manos sobre la tierra húmeda y cerró los ojos. Por su mente pasaron imágenes de templos oscuros iluminados con cirios, donde los «otros» llevaban a cabo sus ceremonias y plegarias. El pueblo del bosque no tenía iglesias, ni ritos, ni oraciones. Le bastaba subir a la montaña y contemplar a la Diosa en todo su esplendor. Era la tierra que pisaba, los árboles que lo cobijaban, las flores y las plantas; era el águila, el jabalí, la liebre, la abeja; era el viento, la lluvia, el día y la noche. *Amari* era la vida y ellos eran parte de la vida. Según la tía Elaia, los «otros» también habían creído en ella tiempo atrás, pero la habían olvidado y por esa razón la envidia anidaba en sus corazones; despreciaban al pueblo del bosque y no le permitían vivir en paz. También se despreciaban entre ellos y mataban en nombre de sus dioses. El viento arreció en aquel momento y ululó con fuerza. Sintió un escalofrío. Pese al tiempo transcurrido, no había olvidado la visión de hombres y mujeres, ancianos y jóvenes, abrasados por las llamas en una colosal hoguera. Era un ni-

ño entonces, pero todavía recordaba las palabras del soldado que, impasible, veía morir decenas de seres humanos de forma cruel.

—Son herejes, cátaros, discípulos del diablo y enemigos de la Santa Madre Iglesia. Sus cuerpos arden al igual que arderán sus almas para toda la eternidad.

¿Por qué le venía a la mente el horrible recuerdo? Había ocurrido muchos inviernos atrás en un lugar lejano. Clavó las uñas en la tierra e intentó evocar el rostro de la madre, pero era la joven cántara, a quien él había salvado la vida siendo niña, la que aparecía tan real que casi podía tocarla.

—Nunca engañes a otros, ni te engañes a ti mismo, Eder —le decía a menudo la tía Elaia— *Amari* castiga a quienes niegan poseer algo y les priva de su posesión y disfrute.

De nuevo silbó el viento, y de nuevo sintió un escalofrío que le recorría el cuerpo. Él se había negado el amor y por ese motivo la Diosa le privaría ahora de la felicidad. Rechazó la idea. No se había negado el amor; simplemente, no lo había visto. Había emprendido el viaje con el ánimo alegre, pero de pronto tuvo miedo. ¿Qué le diría? ¿Cómo explicaría su huida, sin una justificación, sin una palabra de adiós? ¿Cómo le confesaría el tormento sufrido a lo largo de cien días con sus cien noches? Le diría que su razonamiento se había visto ofuscado por una pasión enloquecida; que no había sabido discernir la obsesión que lo mantenía esclavo de otra mujer y de su recuerdo; que era a ella a quien amaba y con quien deseaba vivir el resto de su vida. O también podría simplemente pedir perdón. Se hincaría de rodillas y no se levantaría hasta que ella lo hubiese perdonado por no haber sabido comprender que sólo ama quien da. Después, la cogería en sus brazos y besaría sus labios; yacerían juntos y se amarían como si acabaran de descubrirse. Sintió la necesidad de echar a correr y no parar hasta llegar a Bozate.

La aurora, envuelta en una luz rosácea, se adueñaba de todos los rincones del valle y el corazón le dio un vuelco al apercibir las humildes viviendas que se alzaban al abrigo del Gorramendi. Así con fuerza el morral que colgaba de su hombro y escondía la prueba de su amor. No harían falta las palabras. Ella lo entendería, seguro que lo entendería. Las puertas de las casas de Bozate no tenían cerraduras ni trancas; no había nada de valor dentro de ellas, y sus moradores dormían confiados, sin temor a los ladrones. Procuró, no obstante, no hacer ruido. Se quitó las abarcas y ascendió con suavidad por la estrecha escalera, cuyos peldaños paso a paso lo acercaban a la dicha, atravesó el reducido espacio ocupado por el hogar y entró sigilosamente en el cuarto. Se detuvo anonadado. El lecho no tenía lienzos ni mantas, sólo el colchón de hierba seca. Abrió el arcón de las ropas en un intento por rechazar la evidencia, y lo encontró vacío. Ella se había ido.

El judío de Nájera, año 1252

Nada más abrirse el portón del llamado «castillo de los judíos» de Nájera, a primera hora de la mañana, don Ezequiel Falaquera salió por él, penetró en la zona cristiana y se dirigió al monasterio de Santa María la Real. En su camino, se detuvo en la tahona y adquirió un panecillo recién horneado, saludó a una mujer que barría la entrada de su casa e intercambió unas palabras con el escribano, que caminaba en dirección contraria. El médico judío era un personaje respetado tanto por sus correligionarios como por los cristianos y musulmanes que habitaban la pequeña villa a orillas del río Najerilla. Todos lo necesitaban por igual y él no hacía distinciones entre unos y otros. A pesar de sus casi setenta años de edad, presentaba un aspecto envidiable y parecía bastante más joven, tal vez debido a que en su rostro no había apenas arrugas y tampoco se le veían demasiadas canas. De estatura mediana, peso justo, cabellos cortos y barba arreglada, vestía con la simplicidad de un artesano acomodado, renegando de cualquier tipo de adorno o joya, como cadenas o anillos, cosa que no dejaba de sorprender a sus vecinos, quienes lo consideraban uno de los hombres más ricos de la población. Una mirada más atenta reconocía, sin embargo, la buena calidad del tejido y mejor hechura de su vestimenta y, aunque los hombres religiosos judíos recomendaban a sus correligionarios el uso de colores naturales, sin teñir, don Ezequiel vestía invariablemente de tonos ocres y marrones y sólo se cubría la cabeza con una sencilla cofia con orejeras durante los días

más fríos del invierno en los que también se abrigaba con un manto.

Al llegar al monasterio, llamó a la puerta de la casa de los monjes. A la espera de que le abrieran, vio acercarse a un grupo de peregrinos y los saludó con una inclinación de cabeza, al tiempo que recordaba que había prometido al hospitalero de La Abadía pasarse por el hospital antes del mediodía para atender a un par de caminantes llegados la víspera con los pies destrozados y «algo más», según le había informado el hombre con gesto resignado. Los recién llegados no presentaban mal aspecto, pero estaba claro que necesitaban comer caliente por la forma como se arrebujaban en sus capas. No pudo evitar pensar en la larga andadura y en los peligros que les aguardaban hasta llegar a Sant Yago de Compostela: caminos desiertos, ladrones, lluvia, ríos que vadear y, total, ¿para qué? Interrumpió sus cavilaciones al abrirse la puerta y penetró en el edificio. Sin mediar palabra, el monje benedictino lo acompañó al despacho del abad.

—Os he llamado, don Ezequiel, porque hace un par de días nos llegó, enviado por los hospitalarios del monasterio de San Juan de Navarrete, un religioso francés en bastante mal estado —le informó éste—. Tiene graves quemaduras en las manos y no puede mover los dedos. Quizás vos, con vuestros conocimientos, podáis hacer algo por él.

—Mal arreglo tienen las quemaduras...

—Lo sé, pero nada se pierde con intentarlo. Se hallaba en Dorreaga, en la granja templaria, cuando el incendio. No sé si habréis oído hablar del asunto...

El médico asintió con un gesto de cabeza. Todo el mundo en la región conocía el hecho luctuoso, ocurrido en las vecinas tierras navarras meses atrás, que había provocado la muerte a varias personas, heridas a muchas otras y la destrucción de la casa de los templarios. Las fuentes de información, sin embargo, no acababan de ponerse de acuerdo en cuanto al motivo del incendio. Había quien se-

ñalaba a los infanzones, que andaban revueltos y mantenían pleitos con el rey Teobaldo a quien los templarios eran leales. Otros aseguraban que el incendio se había debido a un descuido del cocinero de la granja, que habría olvidado la olla encima del fuego, y también se decía que había sido obra de un loco, despechado por no haber sido acogido por los freires en su comunidad.

—Otra cosa... —añadió el abad—. Ese hombre no habla... quiero decir— acaso se deba a sus heridas y a la terrible experiencia sufrida, pero no es persona con quien sea fácil entablar conversación.

—No os preocupéis, señor abad. Estoy acostumbrado a tratar con toda clase de pacientes.

El monje en persona lo acompañó hasta la celda ocupada por el herido, golpeó suavemente con los nudillos en la puerta y la abrió, asomando la cabeza por ella.

—Nuestro físico está aquí —anunció, y, sin esperar respuesta, se hizo a un lado para permitirle la entrada, retirándose después.

El hombre miraba por un ventanuco que daba a la parte trasera del monasterio y tardó unos instantes en girarse y encararse al médico. El reducido tamaño de la celda pareció reducirse todavía más cuando dio dos pasos hacia él. Don Ezequiel notó una sensación extraña; la misma que sentía al hallarse ante un cadáver. Paradojas de la vida, jamás en sus largos años de ejercicio había podido acostumbrarse a la visión de la muerte. No le importaba sajar, operar, curar bubas pestilentes, atender a un moribundo, pero, ya fallecido, evitaba pasar más tiempo del necesario en la misma habitación. Aquel sujeto le recordó historias de golems, seres sin alma, que los viejos de la judería contaban junto al fuego provocando en sus oyentes tanta curiosidad como temor. Le llevaba una cabeza de alto y estaba muy delgado; vestía de negro, pero no con el hábito de los benitos, sino con una especie de ropón al modo de los escolásticos, y portaba en la cabeza una cofia con orejeras pare-

cida a la suya, negra también, que le cubría los cabellos por completo haciendo resaltar la palidez de un rostro consumido, de ojos hundidos y nariz prominente.

—Me ha dicho el padre abad que habéis sufrido quemaduras en las manos —dijo en vista de que el otro callaba y, de paso, para conjurar la primera impresión recibida.

En silencio, el herido se sentó en el catre y extendió las manos. El médico dejó su bolsa de medicinas sobre una mesita, poco más grande que una banqueta, y se dispuso a examinar las extremidades deformadas, cuya epidermis había sido destruida por obra del fuego. Notó una sensación desagradable al asirlas entre las suyas. Estaban blancas y frías, y los dedos, agarrotados, eran duros como la piedra. En efecto, aquéllas eran las manos de un cadáver.

—¿Podré volver a mover los dedos?

Tuvo que hacer un esfuerzo para no soltar las manos y salir de allí a toda prisa al escuchar la voz penetrante del individuo, cuyo tono se asemejaba más a una amenaza que a una pregunta.

—Vuestras lesiones son graves —le informó mirándole directamente a los ojos—. Las quemaduras han dañado los huesos, los músculos y los tendones. Vuestros dedos no tienen sensibilidad y, siento decirlo, es del todo improbable que recuperéis la movilidad.

—Pude moverlos... —Acaso sólo en un primer momento, pero ahora ya no es posible. Podrías utilizar aceite de hipérico para regenerar la piel que...

El hombre retiró las manos y las ocultó bajo los pliegues del ropón, se puso en pie y volvió a dirigirse al ventanuco, dando por finalizada la consulta.

Don Ezequiel no tenía intención alguna de permanecer por más tiempo en compañía del tenebroso individuo y se apresuró a recoger su bolsa. Al levantarla de la mesita, se dio cuenta de que la había depositado encima de un pergamino arrugado.

—¡Vaya! Hacía tiempo que no veía un jardín de la oca...
—comentó en voz alta. Y se dispuso a salir de la celda.

—¡Espera!

Se giró. Los ojos hundidos y sin vida habían adquirido una súbita animación.

—¿Qué has dicho?

Le costó darse cuenta de a qué se refería y le molestó que el individuo lo tuteara. Muchos cristianos, incluidos algunos destripaterrones, tuteaban a los judíos sintiéndose superiores y él tenía por costumbre responder de la misma manera, pero, en este caso, optó por mantener el tratamiento. Para marcar la diferencia.

—Que hacía tiempo que no veía un jardín de la oca...
—respondió, señalando al pergamino.

—¿Sabes de qué se trata?

—Sí, ya os lo he dicho: es un jardín de la oca.

—Pero... ¿sabes qué significa?

¿Eran alucinaciones tuyas, o tenía la impresión de que el extraño sujeto no le permitiría abandonar la habitación hasta escuchar su respuesta?

—Sé lo que muchos creen que es.

—¿Y?

—Algunas personas creen que es simplemente un juego de entretenimiento, pero nadie con cerebro perdería el tiempo jugando a algo tan trivial, existiendo el ajedrez o las damas.

—¿Y?

Le molestaba el tono imperativo que percibía en la voz del individuo, pero optó por continuar. Cuanto antes acabara, mejor.

—Otras piensan que se trata de una réplica del Camino del Señor San Yago, debido al puente, la posada, la cárcel, el laberinto... —dijo señalando las respectivas casillas—; que se trata de una experiencia iniciática para aquéllos que no pueden acudir a Compostela.

—¿Iniciática?

—Sabréis, quizás, que la peregrinación hasta el Finisterre data de mucho antes de la llegada del cristianismo a estas tierras —la mirada sorprendida de su interlocutor le confirmó que lo ignoraba y se molestó en darle una explicación—: En tiempos paganos eran muchos los que recorrían el Camino en busca del final de la Tierra. La travesía era larga y peligrosa; no había hospitales, ni monasterios, tampoco pueblos como ahora y el caminante se encontraba completamente solo, enfrentado a las bestias y a los paganos que vivían en las zonas montañosas, cercanas al mar. Eran tiempos antiguos en los que se creía en... bueno... las gentes creían...

—¿En qué? —lo apremió el hombre.

—En la Diosa.

—¿Qué Diosa?

—La Diosa Madre, la Naturaleza. Los autores clásicos dejaron escrito que la creencia primigenia de la humanidad fue una Diosa Madre, no un Dios Padre —aclaró—. Ahora puede sonar a herejía, pero tened en cuenta que aquéllas eran otras épocas.

—¿Y tú? ¿Qué piensas?

—Personalmente, creo que se trata de un tablero de adivinación. Desde siempre, el ser humano ha deseado conocer el futuro, en especial su propio futuro, y ha creído en todo tipo de señales y de métodos para lograr su fin: huesos, runas, dados...

El hombre permaneció inmóvil, tan inmóvil que parecía haberse convertido en estatua. Daba la impresión de que ni siquiera respiraba. El médico hizo amago de salir, pero lo detuvo la voz de ultratumba.

—¿En qué te basas?

Estaba harto de aquella conversación. Él no creía en adivinos ni en métodos adivinatorios; no porque lo prohibiese su religión, sino porque consideraba que todo era una farsa inventada por sinvergüenzas que se aprovechaban de la credulidad ajena para hacerse ricos y, de alguna

manera, para influir o controlar a sus semejantes. Todos los días tenía que enfrentarse a cuestiones muy reales: huesos rotos, heridas, enfermedades de toda índole, infecciones, la muerte... No tenía tiempo para perderlo en tonterías. Era inútil, incluso estúpido, intentar conocer el futuro, puesto que nadie podía cambiar su destino.

—En los números que aparecen en las casillas del tablero —una vez más el rostro del hombre mostró su ignorancia y don Ezequiel aspiró profundamente antes de proseguir—. Según creen algunos, los números, del uno al nueve, tienen un significado.

—¿Cuál?

—No lo sé, señor. No dedico mi tiempo a juegos ni adivinaciones y ahora, con vuestro permiso, me retiro porque tengo obligaciones que cumplir.

El médico abrió la puerta y salió al corredor, pero una garra lo detuvo antes de que hubiera dado dos pasos.

—Vuelve mañana.

—¿Para qué?

—El aceite... para las manos —el tono del hombre intentaba ser amable, aunque continuaba siendo imperativo.

—Os lo enviaré...

—Ven tú en persona y averigua lo que puedas sobre ese asunto de los números.

—No acostumbro a recibir órdenes y no me agrada la forma en que me habláis.

El hombre clavó en él su mirada y él se la sostuvo.

—Os ruego disculpéis mi torpeza —se excusó, mostrándose más respetuoso—. Todavía no me he acostumbrado a ser un tullido y me cuesta relacionarme. Este documento, este jardín de la oca como lo llamáis, es muy antiguo y llegó a mí de manera casual. ¿No os interesaría como hombre de ciencia averiguar si es cierto o no lo que acabáis de relatarme?

—Ya os he dicho que no creo en adivinaciones.